

Fedosy Santaella (Puerto Cabello, 1970). Narrador, poeta, profesor universitario. Ha publicado tanto cuento como novela con editoriales como Alfaguara, Ediciones B y Pre-Textos en España. En 2009 fue becario del programa internacional de escritura de la Universidad de Iowa. En 2010 quedó entre los diez finalistas del Premio Cosecha Eñe de España. En 2013 ganó el concurso de cuentos de El Nacional (Venezuela). Ese mismo año estuvo entre los nueve finalistas del premio de novela Herralde. En 2016 se hizo acreedor del premio internacional Novela Corta Ciudad de Barbastro. También ha publicado dos libros de poesía: *Tatuajes criminales rusos* (2018) y *El barco invisible* (2020), con Oscar Todtmann editores. Algunos de sus textos han sido traducidos al chino, al esloveno, al japonés, al ruso y al inglés.

Los textos que se presentan a continuación pertenecen al libro inédito *Daemon*.

Nickajack, Tennessee, 1968

El mundo que encuentres allí nunca
será el mismo que el mundo que dejaste.

Johnny Cash

Que hay una cierta pasión por la vida
que también mata.

Que nadie es dueño de la muerte
y justo al borde, la revelación,
dígase el miedo, rescata.

Que luego se predica con voz de desierto
y una vez más se peca con el goce arruinado.

Así en las manos con un libro de salmos,
en devoción penitente y aferrados,
a la salida nos vamos llevando.

De la caverna, se dice,
no se vuelve intacto.

Ahíto, sereno, afuera cegado,
agujero, pero en la luz,

pero en la luz.

El susurro

I am from heaven and I am from hell.

Wendy McNeill

¿Por qué no he de temerte?
Más aún, ¿por qué habría
de huir de este miedo
que me lleva hacia ti?
Me quedo en tus ojos de invierno,
me trasvaso en la córnea, en la sangre.
Tus lobos se parecen a mis lobos,
tus bosques a mis bosques,
la luz de tu pradera a la mía.
Venimos de vuelta,
de la cañada profunda venimos,
de ese río revuelto.
Merodean gatos en los árboles.
Te conozco de antes,
ahora lo recuerdo.
No habíamos resucitado.
Pesaba el talego, lleno de guijarros,
nos hundíamos. El agua al cuello.
La verdad (¿cuál verdad?)
se nos iba de las manos,
fuegos fatuos
en el aire.
Te veía bailar.
Éramos altivos y valientes,
del cielo y del infierno,
siempre hermosos.

**Skip James apoya su frente
en la ventana del diner
(y muere)**

Esta apenas
aquella voz
en la que creímos,
detrás de la que nos fuimos,
ardua y hermosa,
como la vida.
De caricias,
hecha de brillos,
de sangre y abismo,
de tus huesos
enamorada.

Esta apenas
aquella voz
de fuego, asesina,
y sin embargo
nunca olvidada.

El factor Crumb

El reto era sentarme a su lado y aguantar callando aquella descarga catódica hasta que llegaba el autobús de la línea B. Entonces él se marchaba, y yo quedaba contaminada de orgasmos. Podría decir que él estaba mal de la cabeza por algún desbalance químico o un trauma de niñez. Pero no, era algo más, ¿sabes? Era algo más. Parecía un hombre común, uno de esos tantos campesinos rojos y rotos de cabezas grandes y huesos filosos que se carbonizan con el Chicken Feed. Pero no. Con él era la esencia y a su lado cualquiera era un zoquete. A su lado estallabas y comprendías que la vida tal como la habías vivido no estaba bien. Que ninguno de nosotros estaba bien. Después empecé a ir a la tienda. Lo miraba comprar compulsivamente discos de jazz. Más tarde sabría que los escuchaba todos y que recordaba al detalle cada uno de los temas. Ni una noche dejé de ir a los bares donde tocaba el banjo con su banda. Yo tenía unas tetas enormes y para entonces rellenas, un culo descomunal, las piernas sin depilar y él una lívido furiosa. No estuvo difícil. Tampoco fuimos amor eterno. Mi reto de aguante pasó luego a la cama, a la mesa del comedor, a nuestras salidas al parque y al cine. Yo aguantaba, sí, aquel su genio catódico y luego moría de orgasmos. Y el pobre, sin poderme tocar, se buscó, por supuesto, otra tetona. Una noche arrojé todos sus dibujos por la ventana, él se largó. Hasta ahí llegó el romance (después busqué enredarme con su hermano, que era faquir; no funcionó). Podría decirte que parecía un tipo del montón. O que estaba roto como está rota la gente. Pero no. Lo de él estaba en su esencia. Tengo para mí que había sido expulsado a esta tierra por el mismísimo demonio para quemarnos los párpados y hacernos entender que los buenos son en realidad los malos. Algo por el estilo. Y sí, yo estaba loca por él.

Radio OMSI

Ask where they're going
They'll tell U nowhere
They've taken a lifetime lease
On Paisley Park

Prince and The Revolution

Había heredado de mi abuelo su viejo tocadiscos tres en uno, y mis padres me regalaron el Álbum Blanco de los Beatles. Comenzaban a crecerme las islas y las memorias del futuro. Comenzaba quizás a salvarme (de aquel chorlito feroz que sería algún día). El afiche de los Beatles estaba en la pared, frente a mi cama. Lennon me miraba por las noches desde su melancólico rencor de muerto (tendría un par de años de haber sido asesinado) y no me dejaba dormir. Terminé quitando el afiche; lo doblé, lo escondí en el clóset, no lo vi nunca más. Por las tardes, quizás luego de la tarea, escuchaba música a todo dar en mi cuarto, a veces con mi hermano y su alegría infinita de seis años. Habíamos inventado una emisora de radio. Se llamaba Radio OMSI: Onda Musical Sí Identificada. Poníamos «The Continuing Story of Bungalow Bill». Con los Beatles allí en el estudio, en vivo. Yo era Lennon, mi hermano la voz del coro de niños —que yo creía era de niños. Cantábamos desgañitados. En ocasiones yo también era Ringo y tocaba la batería. Mi hermano saltaba por todo el cuarto, sobre la cama, sobre el sofacito, sacudía su pajal de cabello con corte de totuma. Mi abuelo me había dejado aquel tocadiscos tres en uno, mis padres me habían regalado Álbum Blanco de los Beatles. Las heridas todavía nos quedaban lejos.

El blues se toca con navajas

Tutwiler, Mississippi. Sobre el andén se aposenta un silencio que se vuelve lontananza en la tarde de tonos naranja. Aquí, allá unos pocos pasajeros se dejan caer lentamente sobre sus derrotas. W.C. Handy, en la banca, cabecea. Su tren carga con dos horas de retraso. Un negro joven y de huesos elásticos toma asiento a su lado. Porta una guitarra, también una navaja. Por los caminos del hombre blanco, un negro tiene que saber cuidarse. W.C. lo sabe muy bien, él también ha llevado sus filos escondidos en la ropa. Pero un hombre con una navaja, del color que sea, es de cuidado. De modo que W.C. permanece ladeado sobre el brazo de la banca, en su fingido adormecimiento, con los ojos entrecerrados, dejando pasar un resquicio del mundo hostil por la mirada. El joven se monta la cintura de la guitarra sobre el muslo. No suelta la navaja de su mano izquierda, la sostiene entre el índice y el anular, encima de los trastes. W.C. abre un poco más los ojos. El chico descoyuntado, en apariencia ajeno a W.C., comienza a tocar la guitarra. La navaja se desplaza arriba y abajo contra el mástil. Luego el chico deja ir la voz, y con ella una canción simple y dolorosa. W.C. Handy se incorpora sobre el asiento, ahora con la mirada fija y muy grande. No ve, no puede ver el mango de la navaja, el lobo labrado en el mango. Cuando termina, el joven apoya la guitarra junto a su pierna derecha, al otro lado de W.C., quien mira el instrumento por unos segundos y luego al interprete. Le pregunta qué es eso que ha tocado, cuándo empezó a hacerlo con la navaja y qué letra fue ésa, tan espléndida y clara en su momento, ahora oscura, huidiza en la memoria. El joven sonríe, se encoge de hombros, con tono suave, casi en susurros, le pide un cigarrillo. W.C. Handy le alcanza uno con la esperanza de que la lengua del muchacho se suavice. Pero el joven fuma y calla, y luego comenta que se dirige a otra estación, a esa donde las vías del sur se encuentran con el famoso Yazoo Delta. Allá donde se cruzan los ferrocarriles de los cuatro puntos cardinales. De allá soy, del cruce de los caminos. Su voz se opaca un poco con la locomotora que ya viene entrando a la estación. Aún no terminan de detenerse los vagones cuando el joven hace una sutil reverencia, se pone de pie y se aleja.